

El estilo del Orfeo de Virgilio

Sabido es que la versión virgiliana del episodio de Orfeo y Eurídice va inserta con muy hábil traza en el centro de la bellísima fábula de Aristeo y Cirene, que cierra el libro IV de las Geórgicas. Tengo para mí que la originalidad del episodio radica en la plena movilización del sentimiento virgiliano. Poco importa que entre de lleno su autor en el cercado alejandrino, ya que seguro de sí acierta a hurtarse a la tarea al uso de volver del revés la fábula. Virgilio infunde a su elaboración lo mejor de su alma. De ahí que el episodio salga de sus manos recreado, a un tiempo el mismo y distinto. Por sus poros vemos fluir esa indefinible esencia virgiliana, su sostenida entonación de tristeza, de ensoñadora melancolía, no más que insinuada de antes en el poema campesino.

Veamos cómo condensa la gama de matices de ese sentimiento que hallará su cauce natural en la Eneida. El episodio se inicia con la revelación de Proteo al pastor infortunado, a Aristeo, tan hábilmente conectada con el tema:

Tibi has miserabilis Orpheus
haudquaquam ob meritum poenas, ni fata resistant
suscitat et rapta graviter pro coniuge saevit.
Illa quidem, dum te fugeret per flumina praeceps,
immanem ante pedes hydrum moritura puella
servantem ripas alta non vidit in herba.

G. IV, 454-9.

Este castigo Orfeo —digno de compasión
por un mal en verdad no merecido— promueve contra ti,
si tu hado no lo impide, para vengar en su profundo enojo la
[muerte de su esposa.

Esta mientras huía de ti desalentada a lo largo del río
no vió en su triste sino a sus pies escondida en la alta hierba
a la horrible serpiente guardián de estas riberas.